que me esperaban; pero en vez de ellos, me esperaba un fiacre. (1)

¿Y mis padres dónde están? pregunto yo al criado: ¿qué se han hecho? = Señora, aqui mismo los dexé; sin duda habrán ido adelante. = No puede ser, no es posible que me hayan querido dexar sola, ved si los descubris por ahí. Tardando á volver el criado con la respuesta, llegan al teatro dos ó tres coches. Lorvál, asiendome del brazo, como para apartarme del peligro de ser atropellada de los caballos que venian, me aconseja, para mayor seguridad, subir en un fiacre que alli habia, y que tenia prevenido para que pudiese esperar en él sin ningun riesgo la respuesta del criado. Las tinieblas, el temor y la congoja, me hicieron ceder sin saber lo que me hacia á las traidoras importunaciones de Lorvál; y apenas me veo sentada con él en el fiacre, quando éste arranca, conduciendome con tan infame violencia, no á casa de mis padres, como me daba á entender el traidor para acallar mis congojas y sobresalto, sino á la suya.

(1) Nombre que dan en París á los coches de alquiler, que están en varios parages públicos y determinados de aquella capital aguardando á que los emplee el público.



Al verme en ella, echéle en rostro su manifiesto y malvado engaño. Las angustias que me causaba el temor de lo que pudiera intentar contra mí, y el sobresalto en que me tenia la memoria de mis padres, llegaron á encender mi enojo contra su perfido proceder; pero era mas fuerte la confianza de la pasion que se habia apoderado de mi pecho. Y aunque el peligro á que veia expuesto mi honor me daba esfuerzo para negarme á subir la escalera, la seguridad que sus ardientes protestas me infundieron, diciendome que solo se prevalia de aquella ocasion para hacerme ver su casa, y que inmediatamente me restituiria á la de mis padres, desarmó mi temerosa porfia, y me rendí á sus modestas promesas y juramentos. Pero estos mudaron de tono luego que me tuvo en su estancia, y se convirtieron en manifiesta violencia, jurandome de reconocerme desde entonces por su muger.

¿Cómo podian, con todo, estas lisonjas acallar las mordaces angustias y fieras congojas que siguen al delito? La esperanza de poderlo encubrir á mis padres, y de que Lorvál me restituiria á ellos dexaba alguna satisfaccion á mi rendido y profanado amor en medio del amargo desasosiego y funesto

abatimiento que me causaba la pérdida irreparable de mi inocencia: ¡ mas quál fué mi rabioso dolor y desesperacion, quando instandole yo para que me llevase quanto antes á la casa de mis padres, oí que me respondia con altanera sequedad: que era ya suya, que suya habia de ser en adelante, y que no debia pensar mas en mis padres, pues que aquella era ya mi casa en donde me habia ahorrado de las ceremonias del casamiento!

Entonces, como si despertase de un funesto sueño, llegué á ver y conocer todas las fatales conseqüencias de mi desgracia, perdidos mis padres, mi honor y la libertad, si persistia el traidor en detenerme con violencia en aquella casa. Y aunque su respuesta excitó en mi pecho la llama de un rabioso enojo, ¿ qué venganza podia yo tomar, ni qué expediente encontrar para hacerle hacer por fuerza lo que me era ya imposible recavar con ella si de grado no lo hacia? Acudí al llanto, á los ruegos mas humildes y ardientes, hasta postrarme de rodillas. Pero era todo vano para con aquel corazon empedernido, á cuyo libertinage y maldad me habia hecho servir de engañada victima; y teniendome ya en su poder, se



creia autorizado de mi culpable y oprobriosa condescendencia para avasallarme á su tiranía, amenazandome con tono resuelto y descarado, que si no me rendia enteramente á su determinada voluntad, publicaria mi deshonor.

¡ Qué noche, ó Cielos, qué noche de desesperacion fué aquella para mí, viendo convertida la blanda apariencia de Lorvál en imperiosa crueldad! La herida de un rayo no pudiera dexarme mas atónita y fuera de mí que aquella amenaza de tigre, fulminada de la boca de aquel mismo que acababa de hacerme tales juramentos y promesas: pues si estas tenian engañadas mis esperanzas, su bárbara amenaza las echaba por el suelo, en que veia holladas las lisonjas que concebí de su amor, de aquel amor que se descubria transformado en feroz superioridad para tratarme como esclava vil y vendida á sus antojos, sin presentarseme medio para huir de las garras de aquella fiera abominable.

Esperaba yo, no obstante, que luego que amaneciera el dia, podria implorar socorro contra el traidor si persistia en negarme la salida de su casa. El dia, de mí tan ansiado, vino finalmente; mas fue solo para agravarme el horror de mi situacion y de mi irre-

parable desgracia, dandome á ver á la luz escasa que entraba por los resquicios de la puerta, que me hallaba entre quatro paredes, sin otra salida ni respiradero que la puerta que Lorvál cerró tras sí irritado contra mi resistencia, dexandome sola y encerrada, y expuesta á su declarada tiranía.

Renovaronse entonces mis mortales angustias, sudores, y terrible confusion, acordandome de mis perdidos padres, y de lo que podian juzgar de mí. Lisonjeabame con todo en mi fiero dolor que me serviria de escusa la misma violencia de Lorvál, y esperaba de un momento á otro verlos comparecer para librarme de aquella infame esclavitud; porque habiendome ellos visto con él, tenia por seguro que le atribuirian mi desaparicion, y que acudirian á su casa para saber de él el motivo de mi ausencia. Ellos lo debieron hacer sin duda; ¿pero cómo podian encontrar la casa del Marqués de Lorvál, título mentiroso que se habia dado él mismo para mi ruina, y para castigo, tal vez, de la vanidad de mis padres? Pero yo sola fui la victima infeliz, y el juguete infame de su impío engaño y exêcrable traicion.

¡Ah! paso en debido silencio todas las violencias que usó conmigo, y la manera bárbara como me alimentaba, teniendome encerrada en aquella cárcel de prostitucion, abusando á fuerza de golpes y malos tratamientos, de mi flaqueza; duro, é inflexîble á mi llanto, á mis ruegos, á mis lamentos y desolacion, pasandoseme los dias, postrada de mi tristeza, en la cama que allí habia, sin ver á otro que al mismo Lorvál, y sin poder esperar socorro de la tierra, pues nadie acudia á los gritos y lamentos que daba quando me hallaba sola, y sin él, inficionada mi salud del mal de que adolecia su disolucion, y que me comunicó, aunque yo no conocia entonces sus efectos, como no supe tampoco la ficcion del título de Marqués de Lorvál, hasta que me sacó de este engaño un jóven desconocido, complice tal vez de su libertinage, como os diré si teneis paciencia para oirlo sin indignacion.



Proseguid, hija mia, le dixo entonces compadecido Hardyl, y aseguraos que sois digna de nuestra conmiseracion.

Adelaida, penetrada de la humanidad de Hardyl, despues de haberse enxugado las lágrimas con que habia interrumpido su narracion, la prosiguió diciendo: enferma, abatida, y devorada de mortal tristeza y angustias me hallaba yo, quando una mañana

oygo abrir con porfia la puerta del quarto inmediato al mio, y despues la puerta de éste, poniendo dos ó tres veces la llave en la cerradura, como quien era poco práctico, y llamandome por mi nombre dos y tres veces: yo sin aliento en aquel estado de oprobriosa y miserable esclavitud, no respondia sino con suspiros, sin poder comprehender qué pudiera ser aquella novedad, pues conocia que la voz no era de Lorvál. Abierta finalmente la puerta, veo un jóven apuesto, que acercandose á mi cama, me pregunta por el estado de mi salud, al parecer, muy compasivo; luego muestra apiadarse de mi estado haciendose de mi parte, y blasfemando del traidor Lorvál, añadiendome que quedaba bastantemente vengada mi paciencia y sufrimiento con la muerte del traidor, el qual acababa de morir aquella misma noche en un desafio á que él se habia hallado presente; y que con esta ocasion le habia comunicado antes de espirar su infame secreto, dexandole encomendado que viniese á darme libertad, y que lo venia á cumplir: dicho esto, desaparece sin oirme.

El tumulto de encontrados afectos y sentimientos que suscitó en mi pecho esta novedad, y la manera con que me la vino á dar



aquel mozo, cedió al repentino gozo que sentí viendo con alegre sorpresa la luz libre que entraba por la puerta, y que la recibia de las ventanas del quarto inmediato. Salto entonces de la cama, me arropo con toda la precipitacion que mis pocas fuerzas me permitian, y corro á pedir auxîlio, y hacer saber al mundo las horribles circunstancias en que me hallaba. Impelida de este impaciente anhelo, aunque mezclado de temeroso sobresalto, entro en el aposento inmediato; y viendo tambien su puerta abierta, corro á ella para llamar, creyendo siempre que aquella casa fuese de Lorvál. Mas no acudiendo ninguno á mis voces, me atrevo á salir á la sala, y á tocar á la puerta que daba enfrente de aquella de donde yo salia.

A mi llamamiento acude una Señora algo anciana, á quien el atavío y el alto tocado, ni daba decoro, ni disminuia el desabrimiento que manifestaba su rostro feo, atrevido, y algo arrugado. Tal vista infundió desaliento á mi abatido espiritu, mucho mas quando oí el tono de seca estrañeza con que me preguntó ¿qué era lo que queria? Comencé yo á contarle las violencias que usó conmigo el Marqués de Lorvál, y el infelicisimo estado en que me dexaba con su muer-

te. Ella, maravillada de aquel nombre y título de Marqués de Lorvál, y de su muerte, se altera; y sin dexarme pasar adelante en la narracion de mis desdichas, me dice: que en aquel quarto no vivia ningun Marqués de Lorvál, sino Monsieur de Beaumont, al qual se lo habia alquilado; y dicho esto, se encamina muy solícita hácia el aposento, donde reparando que faltaba el baul, me pregunta con mayor alteracion ¿quién era el que me habia dado la noticia de su muerte? y diciendole yo que habia sido un mozo á quien no conocia, prorumpió en mil improperios y baldones contra la traicion de aquel embustero, que se habia dado el falso título de Marqués de Lorvál, y que se llevaba el alquiler que le debia de todo un año.

Los lamentos y denuestos de Madama Hernesta, que asi se llamaba aquella muger, y las fatales ideas, que me excitó con el manifiesto engaño de Lorvál, hirieron tan vivamente mi imaginacion, que no pudiendo resistir á ellas en pie, me déxo caer sobre una silla llorando amargamente por la suerte infelicisima que me tocaba. Madama Hernesta, mas resentida por su pérdida que conmovida de mi llanto, aunque pretendió consolarme,



hizolo á tenor de su agrio genio, queriendome persuadir que la mayor desgracia era la que á ella le tocaba, pues la mia podia remediarse; y sin decirme mas, se fué blasfemando del embustero de Lorvál, dexandome sumergida en mi profundo dolor y llanto. Pero de allí á poco veo entrar en mi quarto una Señorita muy linda y ataviada, la qual comediendose con dulce familiaridad con mi quebranto, esmeróse en consolarme, y dispuso mi ánimo para que le contase mi funesta historia, como lo hice.

Mostrandoseme ella entonces mas compasiva y oficiosa, le supliqué quisiese ayudarme á salir de aquella horrible sima en que me habia sepultado mi cruel suerte, informandome si por ventura estaban todavia mis Padres en París, para hacerles saber el lugar en donde me hallaba, pues yo no sabía caminar por la ciudad. Ella me lo promete, y de hecho, á poco rato que se fué de mi quarto, vuelve con Madama Hernesta, dispuesta para salir de casa y hacer esta diligencia; y tomando por escrito el nombre de la calle y casa en que se alojaban mis padres, partió, dexandome muy confiada de ver en breve el término de mis desventuras, y de hallar en mis buenos padres la

conmiseracion que tal vez no habia enteramente desmerecido de su paterno amor.

Quedó tambien encargada Madamoisela Paulina de hacerme compañia. Sus dulces y afables modos, aunque me empeñaron para que la confiase el abuso que hizo Lorvál de mi honestidad, no pudieron con todo obligarme para que se la hiciese tambien del mal de que me dexó infecta el traidor; porque la vergüenza, mezclada con la ignominia, no me permitia declararle ni aun los efectos que sentia, no conociendo todavia la causa de que procedian. Tras esto obligóme á tomar el desayuno que vino á servirme ella misma con mucho cariño: términos todos que obligaron mi afecto y agradecimiento, y que sirvieron para que me encenagase en la prostitucion. Para ello contribuyó la respuesta que me traxo Madama Hernesta; pues mostrandoseme muy dolorida, me dixo: que habia encontrado á mis padres al tiempo que estaban para partir de París para Linois; que les habia contado la traicion de Lorvál, y el triste y miserable estado en que quedaba, sin medios para proveer á mi sustento, y los deseos ardientes que tenia de echarme á sus pies, para borrar con mi dolor y con mi llanto la ignominia de mi



desgracia; pero que ellos con rostro y ojos indignados la respondieron: que no querian saber mas de mí, y que me abandonaban á toda la horrible maldicion que me arrojaban.

¡Ah! vedla, vedla cumplida en mí, arrastrada, como vil y podrida res, á este matadero de oprobrio, confundida con las heces de los hombres infames, victima de la luxuria, desecho de la abominacion, y presa del mal mas vergonzoso! Las lágrimas brotaban por los ojos, y los ardientes sollozos del pecho de la desolada Adelaida, haciendo tambien llorar al enternecido Eusebio. Hardyl, conmovido tambien, la procuraba consolar; pero estrañando el verla conducida á Bicetra sobre un carro como las mas viles prostituidas, le preguntó: ¿cómo era que la traxeron allí con aquellas otras mugeres? Adelaida continuó á decirle entonces: no podeis concebir idea del dolor y de la humillante desolacion que me causó la respuesta que me traia Madama Hernesta: maldecia de mi vida: me deshacia en llanto, en gemidos: queria morir, privandome del sustento á que no podia arrostrar, reconociendome en el mas vil y miserable de todos los estados, atada y oprimida al mismo tiempo de la vergüenza, no atreviendome á preferir el pedir limosna

por las calles, como lo debiera hacer y morir antes en ellas de hambre y de dolor, que ceder como cedí á las insinuaciones de Madama Hernesta, y á los exemplos de Paulina, las quales comenzaron á tachar mi desesperacion de poquedad de ánimo, y mi duelo y llanto de puerilidad, teniendo en mi hermosura, como decian, un poderoso medio para burlarme de mi contraria suerte.

Era casa de prostitucion la de Hernesta; y Paulina teniale vendida su deshonestidad. Caí yo en los lazos de sus persuasiones y de sus mañas, impelida de la necesidad que ellas me hacian sentir para que me rindiese, como lo hice; ¡ infeliz de mi ! familiarizandome con el vil oficio que havia emprendido con horror, y forzada de la desesperacion, hasta que la consumada maldad me arrastró á mi perdicion entera.

Luego que Madama Hernesta llegó á descubrir mi mal por las quejas de los que dexaba infectos con mi trato, me hizo probar todo lo acerbo de su mal genio y ferocidad, maltratandome por no haberle descubierto el mal de que adolecia. No contenta con esto, dió parte á la Policía de mi peligroso estado, é hizome sacar con oprobrio de su casa; y arrastrada de dos gayanes al



carro que partia para este hospital, echaronme en él junto con esas infelices victimas del vicio para que viniese á probar un remedio que detesto, pues sola la muerte es la que puede poner fin á la horrible opresion, é ignominia en que me veo, desamparada del cielo y de la tierra, ¿ Porque en quién puedo esperar, si los mismos que me engendraron, y que me amaban tanto, me cubrieron de su terrible maldicion ?

¡ O cielos ! ah si pudiera á lo menos obtener su perdon ! Si antes de cerrar para siempre los ojos pudiera hacerles saber mi dolor y mi arrepentimiento ! Pero no los veré ya mas : No los veré ya mas. Me echaron su maldicion; y todo el peso del oprobrio y de la infamia que tengo merecida acabará conmigo, sin poder llegar á tener este solo consuelo, que haría mi muerte menos sensible.

No será asi, Adelaida, le dixo Hardyl con las lagrimas en los ojos : si desais obtener el perdon de vuestros padres, me ofrezco á ser el medianero. A este fin os haré prevenir de antemano un lugar decente y honesto para que podais restableceros en vuestra entera salud : nosotros debemos partir á París; y si quereis os podrémos llevar á nuestra posada mientras que se os provee alojamiento,